



## PUERTO NEGRO

panorama de la bahía. Es el terrible invierno del puerto: cada mañana y cada tarde provoca una interrogación, casi interrogaciones frente al mar. Aquellas aguas convulsadas son como una selva viva, devoradora de hombres. Muchos que al igual que su "taitita" fueron a trabajar a bordo volvieron más porque la "barra" se los tragó.

El desaharrapado chingulillo se llama Eusebio Céspedes y es el mayor de los hijos del "Seco". El se quien, cuando el tiempo lo permite, le lleva la ración al viejo a bordo de los barcos. Su destino está trazado como estuvo el de su padre:

o la mina o el mar. El abuelo José Santos, un viejo canoso de mostechos caídos, cuya fotografía desteñida adorna la mísera vivienda de los Céspedes, murió en la mina: juntos con él, veinte hombres quedaron enterrados vivos. Eusebio conserva todavía un vago recuerdo de cierta mañana brumosa en que las cuadrillas procedían a la extracción de los cadáveres. El estaba cogido a los vestidos de su madre atónita. El "Seco" era uno de los "peones" contratados como "extras" para despejar el derrumbe. Los faroles de los mineros se balanceaban en la bruma del alba gris. Al rojo resplandor de las lámparas se veían los rostros tramnochados y adustos de los hombres. Nunca ha podido olvidar Eusebio cuando gritaron: ¡José Santos Céspedes! Su madre corrió hacia la boca del pique en cuyo derredor sobre angustias blancas había unos muñecos sangrientos y aplastados, con el rostro inmóvil vuelto al cielo. Le tierra los había moldeado hasta después de la muerte, y se adhería a ellos como una mortaja.

El niño no sabe por qué recuerda aquella escena, mientras escruta ansioso la entraña de la noche.

Son las seis y media en la estera luminosa del reloj de la Compañía. Entre las luces de los remolcadores que

Cuento de  
**Juan Marín**  
que obtuvo el  
**Primer Premio**  
en el Concurso realizado  
por  
**"El Mercurio"**

Ris y prosigue:  
—Y mañana, bien temprano, su buque de "huachacay" pa componer el cuerpo.  
—Vá a estar medio embromado el embarque, apunta don Anselmo, el decano de los carboneros, limpiándose con el dorso de su mano los párpados emojados.  
—Sí, pues, don Anselmo. Ye no se pueden hacer diabluras a sus alics... Hay que se, bien hombrecito pa tirarse de la escala al remolcador y pa saltar al muelle.

Quien así habla es "el Rufino", un muchacho paliducho y largo como lombriz, que jamás se saca la gorra grisenta, de la cabeza colorina.

—También te llegará a tí tu hora, se responde el viejo. ¡Y no demorará mucho! Me dicen: viejo y, adviña tú, mocoso, ¿qué edad tengo? ¡Apenas cincuenta años!

¡Por la chita, don Anselmo! ¿Cuántos años se está dejanco en la libreta?

—No soy yo quien me los quito. Es la mina la que me ha comido y te habrá de comer a tí cuando te agarre el gusano. — el angulostoma que llaman ahora, los doctores — y te chupe toda la sangre, dejándote blanco como la vela de esperma o cuando te abraza la calentita y te haga ochar los

En los lanchones, un hombre a proa y otro a popa, mediante largos ganchos, toman o sueltan los remolques. Con la marejada y al través de la lluvia se ven subir y bajar los rojos faroles en disparos cabeceos.

A bordo del "Karma" surgen voces de cuando, que apenas logran entenderse entre el rechinar de los "huinches" y los golpes de la mar sobre el casco.  
—¡Piloto, tenemos temporal a la vista!, grita el capitán.  
El piloto, enfundado en tosco chalequero de cuero, da órdenes al contramaestre y éste echó a correr hacia popa.

De pronto se ve al capitán asomarse por la borda y gritarle al patrón del remolcador:  
—¡Ehhh...! ¡Si no se llevan luego a estos hombres, después va a ser tarde! ¡La mar se está picando demasiado!

—Si me los voy a llevar, capitán. Y después voy a tener que pasar a buscar a los del Inglés.  
—¿Ud. no puede llevar tantos hombres de una vez, replica roncamente el capitán haciendo bocina con las manos.  
El balanceo del barco ya no permite al remolcador atracarse a la escala.  
—Embárrquennos en los "chingullos", dice el "Cara de Causeo".

El piloto acepta y da la orden a sus marineros para que manejen los "huinches".  
Ráclimos humanos de sels o siete hombres, colgados de los cordeles del "chingulillo", bajan en cada movimiento de la grúa y caen resbalando y levantándose sobre la aceitosa cubierta del remolcador.  
Cuando ya no queda ningún carbonero a bordo del "Karma" el patrón del vaporcito grita:  
—¡Ahora me voy para el inglés! No se seguirá trabajando esta noche por el temporal.

Se escucha de nuevo la ronca voz del capitán que ha subido al puente y desde allí empuja el megáfono:  
—¡Usted no debe llevar más gente en un solo viaje, hombre!  
Replican desde abajo:  
—Y quien te manda a vos meterte en lo que no te importa, gringo intruso.

El remolcador da máquina adelante y va en demanda del buque inglés, llevando a remolque cuatro lanchas vacías, cada una con dos hombres a bordo.  
Mientras tanto en el muelle de la Compañía, un muchachito de diez años vestido con andrajos, la cara y las manos atuladas bajo la lluvia y el frío, observa con ojos angustiados el tétrico

decoran la simetría floreal y la suave perspectiva de las colinas poblanas de fragantes bosquecillos, en donde podrían tejer juegos de amor personajes escapados de telas de Fragonard.  
De ese manantial de riquezas nada ha quedado para las poblaciones obreras, que se achatan como una costra entre la playa y los cerros. Nada tampoco para construir un muelle, al cual pudieran atracarse los barcos y recibir automáticamente, por medio de "buzones", el carbón que necesitan para sus travesías por el océano.

En breves minutos, la noche desprendida del cielo, amariza silenciosa y veloz sobre las aguas turbulentas de la bahía. Desde las embarcaciones se ven las luces intermitentes del caserío, que iluminan a trechos la mancha sombría de la costa. Los vapores también se tornan luminosos y proyectan sobre el agua espesa, rojizas y cabrilleantes imágenes en fuga. Llueve torrencialmente y las olas rugientes van a batirse sobre "la barra" con fragor de artillería.  
Lejos, suena el pito de la mina. En la oficina, los empleados finalizan su labor. Acá, en los barcos, es la hora en que otro turno de cuadrillas vendrá a proseguir la faena.  
A bordo del "Karma", los hombres de la bodega empiezan a subir hacia cubierta, gateando por encima de los montones de carbón.  
El "Cara de Causeo" agita sus grandes manazas ennegrecidas.  
—Yo, con un litro del tinto caliente de donde la Petra, me conformo por esta noche.

**S**EGURO que esta noche va a picar la barra...  
—Así parece... Pero la Compañía no nos dará larga hasta que terminemos la faena.  
—Dígan que el alemán está muy resapuro pa salir esta noche de amanecida pa San Antonio.  
—¿Y cuándo no están apurados estos gringos? ¿No es cierto compadre "Seco"? Quien así habla es el "Cara de Causeo": un hombronzazo ancho y macizo, cuyo rostro barbilampifio, de pómulos salientes y sucaedo de cicatrices, brilla con un subido color rojo vinoso. Los pequeños ojillos rasgados, apenas visibles entre las flácidas bolsas de los párpados, guían maliciosamente al fijarse sobre su interlocutor. Este es un hombrecito pequeño y libado, de faz enjuta. Lo llaman "El Seco", por su índole poco comunicativa, por su aparente terquedad con sus compañeros y por sus hábitos temperantes. Su aspecto miserable y sus ademanes algo tarpef hacen de él una especie de caricatura grotesca, sobre la cual se abaten las bromas y las "tallas" de la cuadrilla, sin que logren, generalmente, alterarlo. Es, sin embargo, a juicio de los capataces, la mejor mano para "pelear" el carbón. Y cuando alguna vez agotada su paciencia, ha repelido a puñetazo limpio las "pullas" y agresividades de algún majadero, no ha sido el que ha zozgado la poca parte.  
Los jornaleros están en una de las "cabinas" del "Karma", estibando las pilas

de carbón que los "chingullos" dejan caer desde cubierta.  
El "Cara de Causeo" apoya una de sus manazas en la espalda de "El Seco".  
—La noche va a estar como pa ponerle, compadrito.  
Al decirlo, dibuja con ambas manos en el aire la imagen de un vaso enorme, y luego hace el gesto de apurarlo íntegramente en sus labios, friccionando el pecho con la diestra, mientras chasquea la lengua golosamente.  
El otro permanece silencioso, y se limita a mover la cabeza negativamente. "El Seco" no bebe. Es la excepción, la oveja negra de aquel rebaño de bebedores inveterados. Acaso es el único entre los cargadores de aquel puerto que no se embriaga diariamente, y que no apalea a su mujer, cada noche.  
Es un buen marido y sabe que en casa lo esperan para comer su envejecida comperiera y sus cuatro niños. El mayor ya debe estar en el muelle, aterido bajo la lluvia, golpeado por las rachas de viento, con los ojos fijos en los remolcadores que se acercan a la escala. A causa del mal tiempo, el guardián del muelle no le permitió, seguramente, embarcarse hoy con su canastilla bajo el brazo llevándole la vianda a bordo.  
Desde hace cincuenta años la Compañía no cesa de acrecentar sus riquezas: sus piques se extienden ya docenas de millas por debajo del océano. Con las fabulosas ganancias obtenidas con el "oro negro", se han alzado palacios en la capital chilena y en ciudades europeas. Allí mismo, a pocos metros del muelle misérrimo, se ha formado un parque de prodigiosa belleza, en cuyas avenidas dioses de mármol y fuentes cantarinas

decoran la simetría floreal y la suave perspectiva de las colinas poblanas de fragantes bosquecillos, en donde podrían tejer juegos de amor personajes escapados de telas de Fragonard.  
De ese manantial de riquezas nada ha quedado para las poblaciones obreras, que se achatan como una costra entre la playa y los cerros. Nada tampoco para construir un muelle, al cual pudieran atracarse los barcos y recibir automáticamente, por medio de "buzones", el carbón que necesitan para sus travesías por el océano.  
En breves minutos, la noche desprendida del cielo, amariza silenciosa y veloz sobre las aguas turbulentas de la bahía. Desde las embarcaciones se ven las luces intermitentes del caserío, que iluminan a trechos la mancha sombría de la costa. Los vapores también se tornan luminosos y proyectan sobre el agua espesa, rojizas y cabrilleantes imágenes en fuga. Llueve torrencialmente y las olas rugientes van a batirse sobre "la barra" con fragor de artillería.  
Lejos, suena el pito de la mina. En la oficina, los empleados finalizan su labor. Acá, en los barcos, es la hora en que otro turno de cuadrillas vendrá a proseguir la faena.  
A bordo del "Karma", los hombres de la bodega empiezan a subir hacia cubierta, gateando por encima de los montones de carbón.  
El "Cara de Causeo" agita sus grandes manazas ennegrecidas.  
—Yo, con un litro del tinto caliente de donde la Petra, me conformo por esta noche.

por las tablas rojas alcanza las piernas desnudas del muchacho. Pero él está clavado en su sitio como una imagen de la angustia. Tiene que regresar con su padre a la casa.  
Allá está la mujer de pechos flácidos con el último crío en los brazos, atizando el fuego del brasero en donde se cocinan unas papas y un poco de carne. Rose, la hermanita mayor, ayuda a la madre en esos menesteres. En una sola pieza y en dos camas duermen todos ellos y son felices porque, por lo menos, sus camas les pertenecen con exclusividad. No ocurre lo mismo en las otras viviendas, sobre todo en las de los mineros. Pieza y cama, — y a veces también la mujer — se ocupan sucesivamente en cada turno de la mina. El minero que sale a buscar su farol para sumergirse en la noche de la mina, deja el lecho tibio y mugriento para el que viene saliendo de la boca oscura.  
Así durante las veinticuatro horas del día. Habitaciónes y camas jamás se ventilan. La sarna infecta los cuerpos de la mayoría de la población. La sífilis y la gonorrea hacen lo suyo y la violación y el estupro acechan tras la puerta, cuando la mujer va al despacho a hacer las compras y la muchachita queda a solas con el pensionista enclaustrado y embuteado por el alcohol.  
Eusebio sabe que debe volver con su padre. El "Seco" es un buen trabajador y se gana sus jornales con regularidad. En vano los amigos quieren llevarlo a la cantina o a las casas de aquellas tristes mujeres pintadas que llaman desde las puertas. Y, sin embargo, en aquellas cuatro bocas infantiles, siempre hay hambre. Eusebio no ha ido a la escuela: no sabe leer. No sabrá nunca. Y tendrá que firmar con una cruz o con la impresión del pulgar en las planillas de pago, como tantos estibadores y mineros. Pero, mientras viva su padre, Eusebio estará contento. Porque él es como un complemento de su "taitita". Un pequeño padre de su padre.  
Quisiera estar ahora a bordo del buque alemán o en el remolcador. Quisiera ir al lado suyo, cogido de su brazo, abrazado con él, ante el peligro. Sabe que su padre es un gran nadador. Pero que él, observa con ojos angustiados el tétrico

(Viene de la primera página)

vina débil ante la furia desatada de los elementos. Por eso Eusebio quisiera estar junto a él.

Aquel bramido lúgubre de las sirenas que aúllan en medio del mar embravecido y del viento ululante, despiertan en su alma dramáticos presagios.

Grupos de hombres vienen desde las casas en dirección al muelle. Se les oye hablar a gritos, entre los ruidos de la tormenta.

—Son más de cien hombres los que quedan en los buques...

—¡Y la mar, chitas que está repicá!

—Ya no debían bajarlos... Está muy mala la "barra"...

—Y, ¿cómo los van a dejar si hay buques que zarpan esta noche?

—Si hay barcos que todavía están pidiendo más carbón.

—¡Son muy inhumanos!

—¡Ah! ellos tienen que cumplir con el itinerario.

Llegan mujeres arrebozadas en negros pañuelos desflecados, con niños cogidos de la mano. Todos los ojos están vueltos hacia la bahía. La luz oscilante de un remolcador se aproxima.

—¿Cuál es? gritan algunas voces desde el muelle.

—El "Don Jorgeéé..." responden desde abajo. ¡Con cuarenta hombres!

—¿Y los demás?

—Los demás los trae el "Don Vicente" que anda haciendo la recogida.

—Pero, ¿cómo?, exclama un hombre de edad madura que parece ser el capitán de una de las cuadrillas. ¡Van a

embarcar sesenta hombres en un remolcador que apenas puede con treinta!

El patrón del "Don Jorge" responde desde las sombras mientras maniobra para atracarse a la escala del muelle.

—Los barcos están pidiendo que les desembarquen a los carboneros porque van a tener que salir a capear afuera.

Se ven lejanamente las luces del "Don Vicente" que se acerca con tres lanchas a remolque.

El patrón del "Don Vicente" es un antiguo marinero de la Armada, alido hace años del servicio, por haberse "insolentado" — como él dice — con un oficial. Es hombre de sangre fría y tiene fama de "panudo". Pero esta noche él ve que la "naipá" viene mala. No debió haber embarcado más que a los del alemán. Pero, cuando todavía indeciso, se atracó al inglés, treinta hombres saltaron sobre la cubierta ansiosos de llegar a tierra. El "Don Vicente" se tambó de babor y estuvo a punto de volcarse. El patrón ordenó a los hombres bajar a la camareta de popa para evitar un exceso de peso por alto. Algunos obedecieron a regañadientes. Pero apenas sintieron los primeros balances que amenazaban volcar la embarcación, todos se apresuraron a subir a cubierta y allí estaban ahora, cogidos de los pantalones, transidos de agua de mar y agua de lluvia, haciendo prodigios para no ser lanzados por la borda.

¡Bello racimo humano madurando para las vendimias del océano!

A poco navegar, los del remolcador se dan cuenta de que es imposible seguir con las lanchas a remolque. La mar no lo permite: zozobrarían ellos junto con los lanchones. Uno, más decidido que los

demás, entra al pequeño pañol y toma un hacha. Tendiéndose de bruce en la popa, con un golpe enérgico y desesperado, corta el remolque.

El proel del primer fajucho que, en la obscuridad no ha visto la maniobra, cree que el remolque se ha cortado y grita horrorizado:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Patrón! Eh, del Vicenteéé!... ¡Se nos cortó el remolqueéé!...

El patrón, dentro de la caseta del puente nada ha oído.

Los hombres en cubierta, vociferan:

—¡Que se embromen!

—¡Qué diablos!

—¡Qué se le va a hacer!

Se acercaron a la "barra". Es el momento más difícil. Están a no más de una cuadra del muelle, donde los faroles de sus familiares parecen llamarlos.

El mar tiene bravezas de potro enfurecido. Se diría que sus músculos de agua y sal se contraen como los de un animal de presa. El pitazo de algún barco anuncia que está levando anclas para zarpar a capear el temporal. Los que no alcanzaron a hacer suficiente carbón, están fondeando todas sus anclas.

Sesenta hombres, como un rebaño aterrorizado, se apretujan en la cubierta del "Don Vicente". Ven surgir las olas encima de ellos como una montaña. En la "barra" la mar está rompiendo cordilleras blancas y resonantes.

El ex marinero de la Armada, firme en la rueda del timón, grita por última vez, con voz enronquecida por la angustia:

—¡Bajen a la cámara, todos los que quedan! ¡Otros bajen a las máquinas!

¡Mientras menos peso arriba, vamos más seguros!

Pero nadie le obedece. Ante la posibilidad inminente del naufragio todos quieren estar arriba para no irse a fondo dentro del remolcador. Y esto es lo que los pierde. Una enorme ola alza al "Don Vicente" por la amura de babor y lo levanta en vilo. Después lo deja atravesado en el mar. El patrón cierra con todas sus fuerzas la caña al lado opuesto. Los hombres en cubierta, ya ven venir otra ola inmensa que va a romper sobre el baco, por estribor. Y entonces, locos, ciegos de espanto, se precipitan a babor.

La ola al abatirse, tumba al remolcador sobre babor. El peso de los sesenta hombres hace el resto: el "Don Vicente" se desliza suavemente sobre su borda, con el costado de estribor al aire. En seguida, se inclina y se vuelca totalmente, mostrando la quilla bajo el cielo lóbrego e implacable.

Se oyen voces desesperadas, gritos de socorro. Transcurridos unos segundos, empiezan a aparecer cabezas humanas en la rompiente espumosa y brazos que abren surcos en el agua. Algunos tratan de acercarse al casco volcado para mantenerse a flote. Pero las olas los barren, los golpean, los aniquilan, despiadadas.

En el muelle al principio no se dan cuenta de lo sucedido. Pero bien pronto el drama se hace tangible para todos. En ese resplandor semilúcido, en ese blancor azulado que tiene la espuma marina en las noches de tormenta, ven al "Don Vicente" tumbarse y vaciar en el abismo su cargamento humano. Un grito horrendo, el alarido del ser primitivo, el quejido de la bestia frente al dolor, es-

(Sigue a la página tres)